A.P.C.E.
SIG.: 1.2s/1227

Fuera de VALIJA

SALUDO CIVIL A UN MILITAR

4840 24.VIII.46

PASABA usted, general, por la Avenida Madero hacia el Zócalo. Hace exactamente de eso una semana. Abrían paso los motoristas. Luego venían los coches de la comitiva. En el primer coche iba usted, general. Al pasar, yo le saludé, quitándome el sombrero, que es como saludamos los hombres civiles. Los hombres civiles bien educados, se entiende. Usted correspondió al saludo mío y de otros muchos transeúntes llevándose la mano a la visera de la gorra, que es como saludan los militares. Los militares que no son fascistas, se entiende. Como usted es un general que ha ganado las más grandes batallas de la historia, saluda como un soldado. No necesita saludar como un fascista. Como un fascista saluda Franco. ¿Qué batallas ha ganado Franco? Ya hablaremos de ellas. Ahora dejemos esto en claro: usted, general de la victoria, saluda como un soldado. Franco, generalísimo del crimen, saluda como un fascista. Y yo saludé a usted, cuando le vi pasar por una calle de México, quitándome mi sombrero de paisano.

Vino usted a México en viaje de solidaridad continental. Llegó usted a un pueblo libre como mensajero de amistad de otro pueblo libre. Representa usted a una gran democracia, a la que condujo usted a los más formidables triunfos militares que jamás conocieran los siglos. Ningún gran capitán, ningún hijo de Marte, ganó, como usted, una guerra tan tremenda como esta segunda guerra mundial de la era atómica. Después de tan grandiosa victoria, usted no es más que general. General de ejército es su grado militar. Jefe del Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos, ahora. Comandante Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas, antes. Es decir, usted no ha llegado a generalísimo. Ni a caudillo. Usted se quedó en general. Franco, pues, ha hecho mejor carrera que usted en la milicia.

Cierto que usted venció al ejército más formidable de todos los tiempos: al ejército alemán mecanizado, motorizado, lanzado como un rayo en su infernal "blitzkrieg", dominando ya toda la Europa continental, dueño de las grandes industrias bélicas de Krupp, Schneider y Skoda; y de los grandes astilleros, arsenales, puertos, laboratorios químicos, madrigueras de submarinos, líneas sigfrido y campos de aviación que hacían del viejo mundo una fortaleza aparentemente inexpugnable. Usted venció a los mariscales prusianos: a los "zorros" nazis del desierto y a los monoculados "junkers"; a los Keitel y a los Jold, y al nibelúngico y obeso Goering, escaparate de quincalla marcial, y al lohengrínico Atila de Berchtesgaden, doncel charlotesco. Usted venció a las "panzerdivisionen", y a los compactos regimientos de paso de ganso, y al ejército de "robots" y de esclavos del III Reich, militarizado y nazificado. Usted venció a los enemigos de su patria y de todas las patrias libres. Y usted no es más que general.

En cambio Franco venció a su propia patria. Y ahí lo tiene usted de generalísimo. Franco nos venció a nosotros, al pueblo español, a los albañiles y profesores y horteras y periodistas y campesinos y tenderos y poetas y barberos y mecanógrafos y universitarios y sastres y metalúrgicos y estudiantes y carpinteros que formaron —con algunos militares leales— la milicia del pueblo. Franco venció a los mismos españoles con ayuda de los militares nazis y fascistas, de los "Barbas Eléctricas" y de los boches del plan "Isabel-Félix", de los rifeños de su guardia mora y de los portugueses del beatísimo Oliveira Salazar. Todo eso tuvo que reunir Franco para vencer a su pueblo inerme. Por eso es generalísimo. Y usted no es más que general.

Usted desembarcó en Africa e invadió a Europa, por el Mediterráneo y por el Atlántico, y abrió el segundo frente, y el tercer frente, y hasta el cuarto frente hubiera abierto usted de haber sido preciso. Y llegó hasta el corazón de Alemania, hasta la guarida misma de la fiera, y dictó allí su orden de rendición incondicional. Pero usted es únicamente general.

Franco, en cambio, no pudo pasar el Manzanares, se estrelló contra el pecho de aquellos "Figaros Rojos" y de aquellos "Batallones de Artes Gráficas" que fueron nuestro pobre ejército miliciano. Todo lo que supo hacer Franco fué enviar los "Junkers" y "Caproni" de Hitler y de Mussolini, a bombardear una escuela aquí, un hospital allá, una casa de vecinos más lejos. Y Franco es generalísimo.

Usted, general, es un hombre sencillo. Familiarmente, le llaman "Ike". A Franco hay que repetirle el nombre tres veces: Franco, Franco, Franco. Si no, no sabe que es a él.

Usted viste sencillamente. Lleva un uniforme que casi no parece uniforme. A veces se pone una guerrera corta, cruzada. Franco, en cambio, se ha hecho un uniforme especial, con la boina de los requetés y la camisa de Falange y la faja de general y los pantalones de la JONS y las botas de montar del Tercio y el tafanario de una rumbista otoñal. Claro es que él ha llegado a generalísimo, y usted no ha pasado de general.

Recientemente publicaron los periódicos unas simpáticas fotografías de usted. Estaba con sus cuatro hermanos, reunidos por primera vez desde 1926 en unas vacaciones que han pasado ustedes juntos en Wisconsin. En una de las fotografías estaban todos los hermanos recostados en un ribazo, sonriendo, contándose, sin duda, cosas divertidas, gratos recuerdos familiares. En otra fotografía, los cinco hermanos —tocados con gorras y sombreros pintorescos, en mangas de camisa o chamarreta, con unos arrugados pantalones de dril— mostraban orgullosamente, riendo, unos hermosos pescados atrapados en las aguas del famoso lago del Flambeau...

En cambio, cuando Franco se retrata con su familia es algo imponente: doña Carmen, Carmencita, un obispo, dos damas catequistas, cuatro generales, una madre abadesa, tres tíos de Falange, otro obispo... O yendo en una procesión, bajo palio. O rodeado de su guardia mora. Con su barriguita imperial y azul, y sus mofletes de pepona del Servicio Social. Y, de mostrar algo en las manos, no sería un pescado. Sería la sangre de sus crímenes. Por algo es generalísimo.

Usted, general, no es más que general. Ni siquiera es usted general de Africa, como Franco. Ni héroe de la Legión, como Franco. Ni rayo de guerra en Asturias, como Franco. Usted no es más que un general que ha dado la victoria a su patria. Y Franco es el generalísimo que ensangrentó, devastó y asoló la suya. Franco ha asesinado a españoles, los ha encarcelado, los persigue aún, los mata de hambre, les roba lo que es de ellos. Cuando se le nombra tres veces, una es para maldecirlo por sus asesinatos, otra para maldecirlo por sus robos y expoliaciones, y otra para maldecirlo por el hambre que pasa el pueblo. Franco, Franco, Franco. ¡Tremenda gloria del generalísimo! ¡Formidables laureles, rojos de sangre española!

Franco es caudillo, generalísimo, salvador de España, gran capitán, caporal, cid, fuehrer, duce, maréchal, césar, lo que quiera. Usted, sencillo, humano, tras de dar la victoria a su pueblo y al mundo de la democracia, se va de vacaciones a pescar con sus hermanos: y usted no es más que general. Por eso, al pasar, le he saludado yo, quitándome mi sombrero de paisano. Saludo civil a un militar.

¡Hello, Ike!

EL VALIJERO